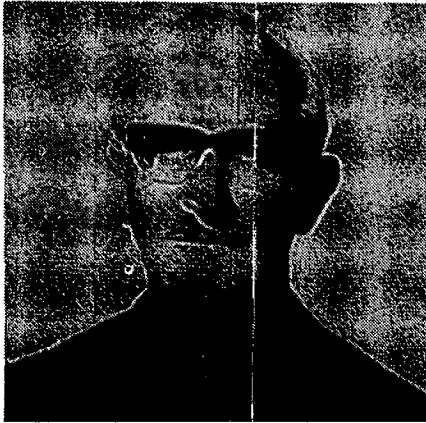


EL PRIMER JESUITA VENEZOLANO



El padre Barnola fue el primer jesuita venezolano. Tras la expulsión de 1767, los jesuitas no pudimos regresar al país hasta 1916 cuando entramos, llamados por el episcopado, para regentar el Seminario Interdiocesano de Caracas (SIC). De allí pasó el joven Pedro Pablo a hacer estudios al recién creado Colegio San Ignacio en 1923 y entró a la Compañía de Jesús en mayo de 1925.

En aquel momento el clima intelectual del país era netamente positivista y anticlerical. En este contexto los jesuitas, desconocidos en persona, representaban sin embargo el oscurantismo medieval revestido de sagacidad maquiavélica. Pese a unos prometedores inicios en la Colonia, que fueron segados cuando estaban a punto de dar abundantes frutos, los jesuitas no habíamos tenido hasta entonces figuración en la vida nacional. En la segunda década de nuestro siglo entramos sin ruido y con denuedo. El joven Pedro Pablo Barnola fue el primer venezolano que se atrevió a apostar por los reciénvenidos. Creyó que ser jesuita podría ser un buen modo de servir al país desde la Iglesia y encontrar en esa tarea un camino espléndido de realización personal.

Pedro Pablo Barnola fue el primer venezolano que se hizo jesuita. A los 60 años de aquel paso los jesuitas nos encontramos en un proceso radical de venezolanización. Por eso su figura encierra para nosotros una significación especial. Porque él no fue el primero de la serie por una casualidad irrelevante. El marcó hitos que siguen siéndolo para nosotros.

Ante todo la fidelidad a su ser venezolano en el proceso de hacerse jesuita y vivir como tal. No fue ésta una tarea fácil y exenta de amarguras. Por eso tenemos que agradecerle que no se desilusionara. Que no cesara en su empeño de crear este espacio, esta posibilidad. Todos los jesuitas que conocía eran españoles y recién venidos; por lo tanto, a pesar de toda la buena voluntad, español sería el ambiente, las costumbres, los gustos, las conversaciones. Más aún, a España debió partir para iniciar su formación religiosa; de allá tuvo que pasar a Bélgica y no regresó a Venezuela hasta el año 32.

No es difícil imaginarse los trabajos y nostalgias en tan prolongada ausencia. Sin duda que aprendió muchas cosas y que para sobrevivir tuvo que adaptarse. Pero nunca se desarraigó. Por el contrario su venezolanidad se aquilató y se volvió conciencia y propósito vocacional irrenunciable. Más tarde, del 35 al 40, saldría a USA a realizar sus estudios teológicos. De este modo, con esta experiencia vital de mundos tan diversos, el internacionalismo jesuítico que tan bien se aviene a la apertura de horizontes del ser venezolano, enriqueció su espíritu impidiéndolo cerrarse en estrecheces aldeanas, pero sin llevarle a despreciar su patria ni a perder su ubicación nacional con el compromiso insoslayable que entraña.

Esta preocupación agitó su palabra, enferveció su pluma, ocupó sus vigiliyas y su oración. Al padre Barnola le dolía el país porque lo amaba entrañablemente. De ahí que terciara en polémicas y que en horas decisivas, ante los altos intereses de la patria, tomara resoluciones políticas y cargara con sus riesgos. Por eso estuvo con honra en la cárcel. Pero el padre Barnola, con convicciones políticas muy claras y con lazos bien públicos supo mantener su condición de religioso. Participó en política, pero no como político profesional, sino inequívocamente como sacerdote jesuita con el deber insoslayable de denunciar abusos, injusticias y caminos errados, de proponer posiciones irrenunciables a la luz del evangelio y de animar espiritualmente a los cristianos comprometidos en un campo tan desgastante. Esa fue su labor y nunca tuvo tentaciones de ambicionar cargos, meterse en tareas de la maquinaria partidista o utilizar el púlpito para hacer propaganda.

El humanismo cristiano, bebido en la escuela jesuítica, ayudó al padre Barnola a dar cauce amplio y sosegado a su pasión venezolanista. Ese humanismo le enseñó a relativizar lo político y social conjugándolos con el nivel inconmesurable de la cotidianidad y con el mundo libre y creador de lo simbólico. El padre Barnola supo afincarse en lo concreto, era el hombre de las mil anécdotas y en todas ellas había

delicadeza y un toque de gracia. Lo simbólico era para él conjuntamente un modo de indagación y un camino a la revelación y el gozo. Fue un gran lector, un ameno comentador, un disfrutador habitual y conecedor de nuestro acontecer cultural. En el cruce entre lo cotidiano y lo simbólico se encuentra el lenguaje y esa fue la cómoda casa, nunca del todo recorrida, siempre antigua y siempre nueva, del padre Barnola. Como huésped fervoroso de esa casa compartida fue conocido, respetado y querido y murió en la popularidad. Y para él la lengua española era particularmente la hablada en Venezuela y ella misma era Venezuela: su imagen caleidoscópica y fiel, su producto, su identidad. Y así su cuidado por el idioma era también preocupación por el país. De ahí ese magisterio a la vez exigente y discreto que orientaba sin estragar.

Una parte considerable de esas preocupaciones por el país se expresaron en las páginas de esta revista a través de editoriales, comentarios, reseñas y estudios. Este acervo copioso y polifacético, júzguese hoy como se juzgue, mantiene desde luego su vigencia de la intención pura que lo inspiró: la entrega a la causa del país desde las coordenadas eclesiales de la época, y desde ellas su apertura al mundo de la cultura.

Pero su preocupación por el país se realizó ante todo en su labor pastoral como sacerdote en la iglesia de San Francisco. Allí tocó a Venezuela en sus fibras más recónditas: en los gozos y esperanzas, en las tristezas y preocupaciones de sus hombres y mujeres de toda edad y condición. Y allí fue sobre todo donde Venezuela llegó hasta el corazón del padre Barnola. Naturalmente que sobre estas relaciones se volcaron su concepción intelectual y su humanismo, pero el encuentro concreto los desbordaba. En medio de tantas ocupaciones "importantes" (profesor, rector de la UCAB, presidente de la Academia Venezolana de la Lengua, director de SIC, capellán de palacio, orador en tantas ocasiones solemnes...), la labor de confesonario, la charla espiritual, la celebración de la misa, fueron las ocupaciones más constantes del padre Barnola.

Esta trayectoria, tan rápidamente reseñada en sus vectores más definatorios, se realizó según los parámetros de su formación y de su época. Las nuestras, en parte, han sido distintas. Por eso hemos discrepado a veces en contenidos concretos. Al constituirse el Centro Gumilla el padre Barnola se sintió desplazado en SIC. Fueron momentos muy dolorosos para todos. La mayor parte de los que laboramos hoy en la Revista no vivimos ese trance y conservamos la simpatía a pesar de la distancia. Pero comprendimos que hay heridas que no son fáciles de cerrar. Concluida ya la carrera de su vida y pudiéndola apreciar de conjunto, comprendemos mejor cuántas cosas nos unen en cuanto a los propósitos más profundos. La Revista SIC la dirige un grupo de jesuitas venezolanos. Con nuestros demás compañeros del país estamos empeñados en estas décadas en un proceso de venezolanización integral, entendido no solamente como echar nuestra suerte con nuestro país, especialmente "con los pobres de mi tierra", sino como resembrarnos acá de modo que el espíritu de San Ignacio, del padre Arrupe y de nuestras últimas Congregaciones Generales tome cuerpo venezolano, se haga carne en jóvenes del pueblo venezolano y en otros que en el seno del pueblo quieran servir al país en la lucha crucial de nuestro tiempo: el servicio a la fe y la promoción de la justicia. Desde este empeño que nos entusiasma la vida del padre Barnola nos resulta inspiradora y por ella damos gracias a Dios, a quien pedimos llegar a donde nuestros mayores o más adelante en el Señor Nuestro.

Necesitamos su colaboración: cancele desde ya su suscripción 1986. Gracias.

revista 